



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La peregrinación de Bayoán:
fragmentos de una lectura
disidente

Autor: Rivera, Juan Manuel

Forma sugerida de citar: Rivera, J. M. (1992). La
peregrinación de Bayoán:
fragmentos de una lectura
disidente. *Cuadernos
Americanos*, 5(35), 158-179.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año VI, Núm. 35, (septiembre - octubre de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificada.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA PEREGRINACIÓN DE BAYOÁN: FRAGMENTOS DE UNA LECTURA DISIDENTE

Por Juan Manuel RIVERA
HOSTOS COMMUNITY COLLEGE,
CUNY, NEW YORK

NO VINIMOS AQUÍ a meterles gato por codornices. No estamos ante la mejor novela del mundo. No estamos ante la mejor novela romántica latinoamericana. Ni siquiera estamos ante la mejor novela puertorriqueña del siglo XIX. (Nuestro patriotismo no nos autoriza a mentir de manera tan original.) Estamos ante una novela de modestos, pero no despreciables méritos, a la cual venimos a rendir homenaje de atención, sin rendir nuestra conciencia crítica, actitud que Hostos, el más insobornable de los intelectuales, no nos agradecería.

La peregrinación de Bayoán es obra de adolescencia, un diario escrito por un joven sumamente curioso, impetuoso e inexperto que va en busca de sí mismo. De ese libro el propio Hostos nos dirá: "...cuando lo publiqué por primera vez en Madrid, a fines de 1863, era yo dos veces niño: una vez, por la edad; otra vez, por la exclusiva idealidad en que vivía".¹ Esta última frase ("por la exclusiva idealidad en que vivía") probará ser crucial y precisa.

La obra nos parece malograda en algunos aspectos. Primero, y antes que nada, su trama carece de la densidad y complejidad que asociamos con el género novela, con el que se la ha ligado más comúnmente, y al que Hostos —muy sabiamente— no hizo alusión en un principio. En cierto modo, y aunque tiene de todo: de novela, de ensayo, de apólogo moral, la obra se parece mucho más a

¹ Eugenio María de Hostos, "Prólogo de la segunda edición", *La peregrinación de Bayoán* (*Diario recogido y publicado por Eugenio María Hostos*), vol. 1, t. 1, *Obras Completas* (edición crítica), San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1988, 68 págs. De aquí en adelante, todas las citas se referirán a esta edición.

un drama que a una narración de largo aliento. Como en la dramaturgia, su trama se reduce al intenso conflicto de los agonistas. Y, como en el drama, hay diálogos de intensa pasión, como el que sostiene Bayoán con la madre de Marién antes de aquél despedirse de Cuba. (El diálogo al que hacemos referencia es una de las partes mejor logradas de la ‘‘novela’’.)

El tratamiento de los personajes es bastante superficial, y éstos carecen de identidad propia. Ninguno de ellos se desarrolla como personaje ‘‘autónomo’’; el único que evoluciona es Bayoán, centro en torno al cual giran como satélites los demás personajes, los cuales no pasan de ser (como la crítica ha podido observar) meras proyecciones del propio protagonista, quien a su vez será una proyección del propio autor. Sin otra acción exterior que el viaje, la novela se reduce a las peripecias introspectivas de Bayoán, única psicología que reconocemos en la obra.

El nombre de los personajes resulta un tanto artificioso, puesto que ni son indios, ni mantienen una relación de identidad étnico-racial que rompa el marco de lo occidental. De hecho, nos parece que lo que hace el carácter exagerado del rótulo es, precisamente, subrayar una carencia, su sed de ser. Son criollos blancos y piensan y actúan más como españoles que como taínos —respecto de los cuales nadie sabe cómo pensaban, porque la Conquista se encargó de borrarlos antes de que los conociéramos. Sólo con la ayuda paciente del arqueólogo y otros científicos sociales podemos ir reconstruyendo el rostro de aquella cultura que se nos negó. Los taínos constituyen el eslabón perdido de nuestra identidad y son, para todo propósito de análisis político de la Cuenca de la que formamos parte, nuestros primeros ‘‘desaparecidos’’.

La estructura mental de estos personajes juega al casticismo. Tanto el protagonista como Guarionex, más que los aguerridos héroes que sus nombres evocan, parecen encarnar —no tan borrosamente— la herencia del viejo código de honor peninsular. Su lenguaje carece totalmente de matices que los hagan cubanos, dominicanos o puertorriqueños, y sólo su firme voluntad de identificación con el clima, el suelo y el paisaje antillanos nos saca de la duda respecto de si son criollos o españoles residentes de América.²

² La emergente, pero no madura, voluntad política de Bayoán recoge en parte la situación en que se debatía Puerto Rico en 1862, año en que Hostos la visitó; también la del propio autor, todavía atado umbilicalmente a la Península, plaza donde transcurriría su temprana juventud.

En la "Clave" que Hostos inserta al comienzo de la obra encontramos que Guarionex es el "nombre del cacique más poderoso de Haití cuando la descubrió Colón". En la novela, Guarionex es también un cacique, pero de cañaverales, ingenio y esclavos. Y su función social, como veremos más adelante, está mistificada en la obra.

A Bayoán se lo identifica con el "primer indígena de Borinquén que dudó de la inmortalidad de los españoles"; o sea, aquel que comúnmente conocemos en la historia como Urayoán. La intención semántica del autor queda bien delineada con este personaje, quien se alza en un duelo de iguales con el capitán del barco (que no era un dios, sino más bien una metáfora del poder metropolitano). Pero convendremos en que dudar de la inmortalidad de los españoles después de 1511 no es un descubrimiento que merezca un Nobel, y el personaje no va mucho más allá de una decepción con la política española de ultramar. Tiene las agallas de Urayoán, pero vive en tregua.

Finalmente encontramos a Marién, "nombre indígena de la comarca más bella de Cuba. Hoy se llama Mariel".³ De los tres, éste es el nombre mejor ajustado a los personajes, ya que la protagonista vive una verdadera pasión por el paisaje y el ambiente cubanos.

Pasando a la tan llevada y traída metáfora de la unidad antillana representada en esta obra en las personas de los protagonistas (algo que desde que Hostos lo dijo ha pasado a ser artículo de fe), tenemos que apuntar que ésta no pasó de ser una intención idealizada. La unidad que se da en la obra entre los países del Caribe es meramente nominal y simbólica, y no de carácter orgánico. Nótese que, aunque casados, Bayoán y Marién no llevan vida matrimonial íntima. Esto quiere decir que su vínculo emocional nunca quedó definitivamente soldado; nunca fue más allá de una fuerte atracción validada por un compromiso de papel: ella no llegó nunca a poseer a, ni tampoco llegó a ser poseída por, Bayoán. Al final de la novela Marién muere. Ella era cubana, hija de puertorriqueña y de dominicano. Es el personaje que mejor encarna la antillanidad en la obra. Con su muerte, el sueño de la unidad se hará añicos: Guarionex y su mujer volverán a Cuba, y Bayoán seguirá rodando por las repúblicas de América en busca de un "hogar".

De modo que, sin que nos sirva de pretexto la corta edad del autor para excusar los deslices de su obra, veamos a estos últimos también en perspectiva. Pocos, poquísimos, autores producen

³ Eugenio María de Hostos, *op. cit.*, p. 99.

una novela como *La peregrinación* a los veintitrés años de edad. (Contrariamente a la lírica, que se alimenta mucho de sensibilidad, el género novela exige —además— madurez y experiencia. Se pueden encontrar grandes poemarios escritos antes de los treinta —Rimbaud fue un caso exagerado—, pero es muy raro encontrar una buena novela escrita antes de que el autor doble la esquina de los cuarenta.) Lamentamos realmente que, por el conjunto de circunstancias que fuera, Hostos abandonara el género novelístico cuando apenas lo inauguraba.

Ésta no es —dicho sea de paso— la primera novela de Hostos. Es en realidad la tercera, la única publicada y la única que el maestro tuvo en alta estima. Las otras dos, *La novela de la vida* y *La tela de araña*, quedaron inéditas y sepultadas en la memoria del propio autor; y si hoy sabemos de su existencia es sólo por alguna livianísima mención hecha por él mismo en alguna página suya.

Cuando Hostos escribe esta novela los puertorriqueños apenas estábamos empezando a dar los primeros pasos en el género. Con *La peregrinación* nace la novela puertorriqueña, y esto, de por sí, es un mérito. De modo que sería injusto pedirle peras a una tradición que Hostos estaba ayudando a fundar.

El diario de Bayoán se inicia el 12 de octubre, fecha que levanta lo mismo campanazos que guasábaras. Pero, en lugar de celebrar la socorrida fecha, la novela se abre con una queja: la queja del protagonista por tener que volver a abandonar la patria. Éste será, se nos insinúa, el segundo viaje de Bayoán a Europa.

Ya la crítica ha apuntado la semejanza entre el viaje de Bayoán y el de Colón. Quisiéramos agregar, sin embargo, que aunque deliberadamente parecidos (empezando por la fecha), el viaje de Bayoán es *inverso* al de Colón. Y esto es importante decirlo porque vira “patas arriba” la ideología de los que pudieran leer en la obra una celebración del Descubrimiento de América *solamente*. La novela no describe el proceso mediante el cual la conciencia europea descubre al Nuevo Mundo, sino lo contrario: el proceso por el cual la conciencia antillana va descubriendo y conociendo a Europa, a la vez que empieza a afirmarse, descubrirse y conocerse a sí misma. La empresa de Bayoán, con todo y su gran admiración por el Almirante, tiene el mérito peculiar de ser la de un “Descubrimiento al revés”. Lo que Bayoán lleva a cabo no es una repetición del viaje del genovés. Bayoán reconoce la grandeza de Colón (no como hombre histórico, sino como el arquetipo “del

que busca''),⁴ pero en lugar de ir repitiendo, va como deshaciendo las huellas del Descubrimiento. Es una verdadera lástima que la novela hubiera sido escrita por un Hostos políticamente tierno todavía. Porque, de lo contrario, el diseño del "Descubrimiento al revés" que se insinúa en la obra se hubiera revelado nítidamente con la magnitud que nuestro pueblo y nuestra América merecían.

La novela está escrita por una persona de formación y cultura literaria españolas (Hostos se fue a estudiar a España a la edad de doce años), pero con un deseo vehemente de querer afirmar su antillanidad todavía maleada por el colonialismo. Los personajes, que son todos (incluyendo al propio Bayoán) bocetos de ideas del propio autor —y no personajes de carne y alma— llevan, por afán de identidad, nombres taínos. Van en peregrinación a España (el centro del conflicto) en busca de salud y de gloria, y allá no consiguen ni la una ni la otra, sino la muerte y el tormento. (¿Se podía esperar en la época argumento mejor para una novela revolucionaria? ¡Lástima que el autor no estuviera listo para ese argumento!) Marién, la novia ideal, muere en la Península. Y un viejo militante de las causas latinoamericanas, que también va a España en busca de salud como Marién, muere en la travesía. Bayoán no consigue hacerse de un nombre como anhelaba, ni consigue tampoco la dicha individual junto a Marién.

La decisión de ir a hacerse de un nombre a la metrópoli le da a Bayoán un sentido de propósito, unas Indias (por así decirlo) que conquistar, pero, al hacerlo, pierde un centro (su integridad síquica, proceso que empieza a mostrarse alegóricamente en la novela con las borrascas del huracán que su barco enfrenta en aguas del Caribe). La recuperación de ese centro ("el hogar") sólo se vislumbra de forma muy desteñida al final cuando (¡oh ironía!) una de las causas centrales de su viaje de descubrimiento de Europa (merecer el amor de Marién) ha zozobrado con la muerte de la protagonista.

Hay un pasaje de la obra que describe en miniatura lo que era el sistema colonial español en las Antillas. Éste aparece representado a través del despótico hacendado esclavista de Bayamón, figura que contrastaríamos con Guarionex, el suegro de Bayoán, a quien sus esclavos le pedirían la bendición y bajo cuyo gobierno los esclavos

⁴ Luis Ricardo Alonso, "Hostos y Martí: novelistas", tesis doctoral inédita, Boston College, 1975, 128 págs. Recomendamos particularmente la lectura de esta tesis.

vos olvidarían su esclavitud.⁵ En el contraste entre estos dos modelos queda retratada la postura de Hostos: *en 1863 Hostos no es ni siquiera abolicionista*. Su radicalización y madurez políticas vendrán después de 1868; después de Lares y Yara, y de su desilusión con los republicanos españoles. Pero en esta obra contemplamos todavía una mistificada posición reformista frente a los problemas del colonialismo y de la esclavitud. Nótese que para Bayoán la esclavitud no es una institución injusta y repulsiva en sí (ya que tolera la esclavitud en la hacienda de su suegro), sino que su legitimidad o su condena dependerán de lo que el *carácter* del esclavista haga de ella. El gobierno colonial español (el esclavista de Bayamón) es inaceptable porque maltrata a los pobres esclavos; pero hay otro modelo de gobierno colonial que puede suplantarle: el de Guarionex, quien *aun manteniendo la esclavitud como institución de fuerza*, será paternalista y bondadoso con los negros. La analogía esclavista malo-esclavista bueno se corresponde con la de gobierno colonial despótico-gobierno colonial benigno. Lo que Hostos nos está diciendo con abundancia de fe y a veces con *naïveté* (¿para aplacar a la censura?, ¿porque hasta ahí le permitía llegar su concepción política de entonces?) es que no hay nada malo con ser esclavo o colonia, *siempre y cuando el amo o la metrópoli traten con bondad a sus súbditos*. Y éste, lo sentimos por los maestros críticos que nos dieron a luz (y que nos acostumbraron a ver la obra de otra manera), es un pensamiento esclavista y colonialista al que hay que señalarle el disfraz.

La censura española fue tan torpe, la política española de ultramar era tan torpe, que en lugar de imponerla como texto oficial en las Antillas fue capaz de prohibir la novela. ¡Si lo que Hostos quería era apenas mejorar el sistema colonial, no abolirlo! Esto está demostrado con docenas de ejemplos como éste:

Cuántas veces, meditando en el extraño monopolio de los negocios públicos, me he preguntado, sin saber qué responderme: —¿Por qué no comparten los hijos de mi patria con los hijos de España, las tareas que sólo los de España desempeñan? ¿por qué el juez, el magistrado, el militar, el empleado, ha de ser peninsular, y nada, si no es rico, y si lo es, un hombre inútil, el hijo de Cuba, el hijo de mi patria?⁶

Hay que subrayar que Bayoán está hablando únicamente de *compartir*, no de nacionalizar la administración del Estado y la so-

⁵ Eugenio María de Hostos, *op. cit.*, p. 208.

⁶ *Ibid.*, pp. 214 y 215.

ciudad en beneficio exclusivo del criollo. Su planteamiento, por lo tanto, no iba más allá de una tímida reforma, dentro de un marco colonial que apenas comienza a cuestionarse. La falta de una madura conciencia política es lo que hace del viaje de descubrimiento al revés una empresa abortada.

Otra metrópoli, en otras condiciones, hubiera acogido esta propuesta con maña de ajedrecista. ¡Si Hostos le estaba regalando la única salida que España tenía para seguir siendo imperio en América por otro rato! Las buenas intenciones políticas de Hostos eran obvias: lograr crear con su novela un clima de opinión favorable para que la Monarquía aflojara un poco el nudo de su política colonial (que en la obra toma la forma alegórica del capitán que ni tiene la voluntad para gobernar la nave, ni suficiente humanidad para con los gobernados), sin que España perdiera sus dominios. Ese propósito fracasó: la novela fue confiscada en Puerto Rico, y en España muy pocos la leyeron.

La postura de Hostos cambiará posteriormente hacia una posición más radical y decididamente independentista. Pero, cuando escribe *La peregrinación* (obra a la que circunscribimos nuestras conclusiones), lo que hace es reclamar derechos civiles y políticos para las Antillas, no separación de España. La peregrinación que siguen los protagonistas tiene por objeto "descubrir" una nueva España que sea capaz de incorporarse al latir de un nuevo continente. Hostos busca en la novela la unidad con España; está muy lejos, pues, de ser un separatista. Este sueño adolescente probaría ser iluso; y serían la propia novela y la vida del autor las encargadas de confirmarlo.

En 1863 Hostos no propone todavía un rompimiento con el poder de la metrópoli. Así lo dice: "Que España nos dirija, no lo siento; pero que por nuestra debilidad nos prive del derecho de ser hijos, y en vez de, con nosotros, gobiernen nuestro país esos indiferentes que vienen y se van encogiéndose de hombros...".⁷

Eso es lo que lo lastima: el orgullo pisoteado de su pueblo (que a veces él confunde con su clase; es decir, la élite criolla que iría a compartir con la peninsular los puestos de la burocracia insular). Hostos no pide más que unas pobres, humildes, concesiones. Lo que él quiere en 1863 es, para decirlo de una vez, una colonia con justicia (!), en la cual el criollo esté "armónicamente" integrado a la administración del poder colonial. ¡Sólo a una Monarquía decrepita se le iba a ocurrir la idea de que aquella obra era sub-

⁷ *Ibid.*, p. 215.

versiva! Lo que Hostos proponía no estaba lejos de ser lo que los británicos presentarían poco después como el gran hallazgo político del siglo: el Commonwealth. En una exhortación a la conciencia española, Hostos clama:

[España] ... estás despertando de tu sueño: estás resucitando; eres ya vieja; serás cauta, y en vez de confiar en tu vigor, confiarás en tu experiencia; si lo haces, buscarás con los ojos a este mundo que por tu sed de riqueza, te hizo pobre, y por tu sed de aventuras, cruel y débil: en vez de esclavos, pedirás hermanos; los pueblos que tus culpas te quitaron, impulsados por ti, caminarán; los pueblos que te dejó su posición geográfica, contribuirán a tu felicidad, siendo felices: en vez del odio, nunca más cruel que cuando rompe estrechos lazos, en vez de la tibieza que siempre precede al rompimiento, tendrás respeto, lograrás confianza..

Pero entre tanto que yo sueño con la fraternidad de los pueblos de América y España, pregunto por mi patria y no la encuentro, porque no es patria el lugar donde nacemos, si nos quitan el derecho de servirla; si entregan su felicidad a los que la desdennan, si nos niegan la posesión de lo que es nuestro.⁸

Y es esta desilusión con la torpe política española lo que va convirtiendo a la aventura de Bayoán en una aventura política sin sueños de gloria ni heroísmo, en un sueño al revés: Bayoán sale a buscar lo que en el fondo de su corazón sabe que no ha de encontrar en España, donde ya había estado. Pero agotar esa esperanza es, para él, una ceremonia obligada.

No es cierto que el viaje de Colón y el de Bayoán sean paralelos. ¡Opuestos es lo que son! Colón llega a América cuando Bayoán se va. De modo que, aunque la fecha del 12 de octubre sea la misma, tenemos que leerla como un ícono de signo diferente en cada caso, porque inaugura un porvenir distinto para la conciencia que cada uno de ellos representa: no es lo mismo que un europeo descubra América, que un hijo de las tierras conquistadas salga a mirarle de cerca las entrañas a Europa, y termine descubriendo su propio desamparo y el de los ideales que fue a cosechar allá.

Hay en las primeras cien páginas de la novela una serie de reclamos contra el trato injusto que España dio al aborigen de las tierras conquistadas.⁹ Como el propio autor lo confirma, los nom-

⁸ *Ibid.*, pp. 216 y 217.

⁹ La protesta contra la suerte del africano en América está muy escasamente matizada en la novela, lo cual no hace de ésta un documento que apunta hacia una

bres taínos de los personajes llevaban la intención de reivindicar simbólicamente a la raza abolida.

Sabemos que en un plano real no lo es, que su personalidad tiene un fuerte acento occidental (romántico y racionalista a la vez), pero en un plano alegórico, Bayoán es el taíno resucitado que va a España a pedirle cuenta de sus crímenes. ¡Lástima que lo hubiera hecho con tanta timidez!

En su segundo viaje Colón descubre a Borinquén; y en su segundo viaje a Europa, Bayoán descubre la desolación política de España. En Madrid, el corazón de la monarquía, Bayoán está a punto de suicidarse. Encuentra un vacío insoportable en el medio social, mientras ve cómo sus acariciados sueños de gloria (opuestos, pero en algo semejantes a los del Conquistador de América) se le van escurriendo entre los dedos. En España Bayoán es un derrotado y un impotente. En España consigue darle cuerpo a su concepción estoica del deber, pero pierde el tesoro de su corazón al perder a Marién. Desde antes de desembarcar, España dejar de ser para él tierra de promisión para convertirse en sepulcro. (Frente a las costas de Gibraltar muere el "padre espiritual" de Bayoán, de quien él hereda unas memorias.) España es el fin de una etapa del viaje, la más agónica. Entre las cosas que quedan enterradas allá está una ilusión juvenil: la confraternidad y confederación de los países de habla hispana, con España a la cabeza.

Contrariamente a la euforia que produjera en Colón la exuberancia de la naturaleza americana, al acercarse a Europa para nuestros protagonistas "empiezan las nieblas", y Bayoán y Marién comienzan a añorar el cielo de América. Empeora la salud de Marién, quien se siente arrancada de raíz y trasplantada a un clima dominado por la tristeza. Quiere regresar de inmediato a la primavera eterna de su tierra. Las nubes de Europa le parecen "el presagio de la muerte". Empieza a adelgazar, palidece, sufre pesadillas, convulsiones...

También la enfermedad del anciano empeora al acercarse a las costas de España. Bayoán se pelea con el capitán (que no es Dios)¹⁰

certera definición de la caribeñidad. La caribeñidad se definiría en la obra como el espacio del criollo blanco, orgulloso de sus ancestros taínos y compasivo de su actual fuerza de trabajo. El negro en la novela es un esclavo agradecido que, en la hacienda de Guarionex, pide la bendición y se arrodilla (véase página 147).

¹⁰ Insinuación hecha por Hildreth N. Waltzer, "The Inner Pilgrimage of Eugenio María de Hostos, as seen through Bayoán", tesis de doctorado inédita, New York University, 1976, p. 137.

por la mala comida que se le sirve al enfermo: sobras de los demás pasajeros. Ahora Bayoán es la voz de la ira; su reclamo de justicia para el anciano es el reclamo de justicia de los pueblos todavía sometidos a la Corona española, quienes —según la visión reformista de Hostos— no querían que se les lanzaran desperdicios, sino que pedían trato justo y digno, sin que ello pudiera interpretarse como separatismo. Hostos no quiere un Dios distinto, ni un barco nuevo; lo que quiere es que se nombre a un capitán decente. Es decir, que España enmiende su política colonial en América.

Cuando llegan a Cádiz los peregrinos no pueden desembarcar porque las autoridades temen que el enfermo, que lo es de disentería, sea portador del vómito negro, siniestra enfermedad que, según ellas, arrasaba a Cuba, país en el que el enfermo se había embarcado. La total ausencia de caridad en el capitán y en la inmensa mayoría de la tripulación y el público hace que las últimas horas de vida del infeliz patriota fueran un calvario. Éste viene, finalmente, a morir frente al peñón de Gibraltar, que es —según frase del propio autor— “el sepulcro de las glorias de España”.¹¹ Aun muerto, la gente no sacia todavía su placer de escarnecer al anciano. Luego, su cadáver será arrojado al mar, como correspondería al buen peregrino de veinte patrias que fue.

El traspaso de las memorias del anciano a Bayoán es un gesto cuya metáfora no deberíamos desperdiciar: el anciano es un veterano combatiente de las gestas de América (el vómito negro al que España temía). Al pasarle las memorias a Bayoán está cumpliendo conscientemente un ritual: le está haciendo un encargo. ¿O no?

En una ocasión el viejo combatiente le dice a Bayoán: “... su vida será un dolor continuo ... pero habrá en ese dolor tantos deleites, fruiciones misteriosas tan inmensas, que no tengo valor para desanimarlo: siga Ud. el camino que ha emprendido, y llevaré a la nada el único contento de mi vida”.¹²

Dos puntas de un mismo hilo, el anciano y el joven, son la misma persona: memoria aquél y profecía éste. O, como lo expresa Bayoán: “Yo era la alborada; él era el ocaso de una fe. Yo creía en los hombres; él dudaba”.¹³

La muerte del anciano frente al sepulcro de las glorias de España es la conclusión del primer ciclo de la novela. Quizás no sólo

¹¹ Eugenio María de Hostos, *op. cit.*, p. 258.

¹² *Ibid.*, p. 231.

¹³ *Ibid.*, p. 237.

fue el anciano quien murió allí. Lo que empezó a morir allí fue la fe de Bayoán en la bondad de la humanidad, y específicamente en la bondad posible de la política española. Lo que le preocupa es el sentido de esta muerte porque empezamos a ver en ella un presagio. Después de esta primera gran pérdida se completa el itinerario del viaje de descubrimiento en "reversa": ya los descubiertos han descubierto el corazón de los descubridores. Ahora empezará el segundo y más doloroso proceso: la conquista... de sí mismo.

Antes de desembarcar en Alicante, Bayoán tiene una larga meditación alegórica: la parábola de los dos caminos. Esta parábola corona todo el proceso, la terrible lucha que amenaza con fragmentar la personalidad del protagonista desde que éste conoció el amor de Marien —el conflicto entre pasión y deber, hilo que sostiene el frágil armazón de la novela. Éstos son, según Bayoán, los dos únicos caminos que toda persona está destinada a seguir: uno es el camino llano, fácil; el otro es el camino áspero, escarpado, bordeado de abismos, por donde sólo transitan los escogidos: una pequeña élite de seres espiritualmente superiores. (Tomamos aquí un eco de la parábola bíblica de las dos puertas: "porque ancha es la puerta y ancho el camino...").

Casi por instinto, Bayoán sigue el camino escabroso. Su arquetipo ya no es el Descubridor, sino Cristo. En un momento se ve tentado por la sensualidad y la armonía que le parece ofrecer como recompensa fácil el camino llano. Vacila y cae en la tentación: sigue el camino florido. Pero, al ver de cerca los que de lejos se le antojaban prodigios, sufre un desengaño. De los seres humanos que lo rodean, sólo los niños mantenían intacto su encanto natural. Los demás eran seres decadentes que habían perdido la costumbre de pensar. Fue un milagro encontrar entre la marejada de peregrinos uno que caminaba en sentido contrario a la masa. Éste buscaba el camino difícil, y fue por ello escarnecido por la multitud. (Recuérdese al anciano vejado por pasajeros y tripulantes.) Bayoán lo sigue. Aquél le explica que va al camino escarpado porque "en él no hay engaños, ni falsos placeres, ni falsa virtud, ni felicidad prometida y no otorgada". Bayoán es ahora —como su guía, y como lo fue el anciano— un solitario que camina en dirección opuesta a la corriente: un capitán de sí mismo, y lo contrario del capitán del barco, quien iba arrastrado por el vendaval. En la misma travesía va habituándose al dolor hasta llegar al núcleo de su convicción

filosófica: "el dolor encierra la felicidad".¹⁴ (Resulta curioso que el vapor que lo llevaría a España responde al nombre de *Ache*. Este nombre no se lo sacó Hostos en un juego de azar. Hostos es un maniático de la exactitud; y cada nombre, cada palabra que utiliza es parte de un criptograma mayor.)

Como el anciano que le sirvió de maestro, en el viaje alegórico Bayoán va perdiendo poco a poco la fe en sus congéneres, pero no su amor por ellos. (Un amor abstracto, habremos de agregar.) La parábola concluye:

Animado por la seguridad que da la certeza de que existe la virtud sigo resignado mi camino. Voy dejando en sus cuevas pedazos de mi corazón; voy olvidándome de mi juventud, de mis deseos, de la felicidad fácil por hallar la difícil, por acatar mis deberes, por llegar a la vejez de mi espíritu antes de que el tiempo haya arrugado mi frente y la calma de las grandes pasiones aquietado mi ansioso corazón.¹⁵

Éste es, precisamente, el fin que se ha propuesto Bayoán: conquistarse, someter a control la nave de su ser, alcanzando la óptima madurez a la más temprana edad posible. Ésta será la vía ascensional que lo llevará a alcanzar la talla de "hombre lógico u hombre completo".

Esta parábola es una síntesis de la alegoría encerrada en el término "peregrinar"; vale decir, un croquis de toda la novela.

Instalado en Madrid, Bayoán prueba un poco de lo que alegóricamente vio en el camino llano: las gentes cenicientas, la alegría de papel, la vacuidad intelectual.

De pronto la narración en primera persona se interrumpe y aparece un editor con el sospechoso nombre de Eugenio Hostos. Como han dicho los editores de las nuevas *Obras Completas*, la intervención de este personaje es todo un acierto novelístico del autor. De modo que el Diario que leíamos no había sido impreso por Bayoán, sino por Eugenio Hostos..., lo cual refuerza la intención de la obra de querer ser documento personal autobiográfico. ¿O es que en una etapa del "viaje" el protagonista pierde su nombre postizo para recuperar su verdadera identidad, hispana y no taína?

La novela no concluye aquí. Al aparecer el editor lo que ha concluido es la etapa de adolescencia de un personaje. Al mirarse en tercera persona, desde afuera, lo que el autor nos está señalando es

¹⁴ *Ibid*, p. 277.

¹⁵ *Ibid.*, p. 278.

el nacimiento del hombre cuya temprana madurez le permite ahora examinarse más objetivamente, y no exclusivamente desde la óptica puramente narcisista en que hasta entonces lo había hecho. En este particular sentido, el editor no existe: es una invención del propio Bayoán, de su necesidad de ser autor de sí mismo. (Lo que el editor hace con Bayoán al éste embarcarse para América es un poco lo que hizo Bayoán con el anciano: responsabilizarse de un legado.)

Este desdoblamiento Bayoán-editor también nos habla del peligroso conflicto emocional por el que atraviesa Bayoán, injustamente forzado por su imperativo afán maniqueísta a tener que escoger el camino de la conciencia, desgarrando su propio corazón. Esto es trágico. En otras palabras, Bayoán está destinado desde un principio a llevar a cabo sus ideales a expensas de su amor por Marién. Tendrá que casarse consigo mismo, que es lo que finalmente hace. Ronda los límites de la esquizofrenia: es él y un demonio; es él, pero sin Marién no es él. Dos en uno es igual a uno; pero uno sin uno es ninguno. (O, a lo sumo, media persona.) Cuando no puede dar cuenta de sí mismo, aparece el editor que da cuenta de él.

Al llegar a Madrid, Bayoán cae en el desaliento. Las cartas de Marién desde Alicante lo abaten. En un sentido figurado, negarle a ella (que padece una enfermedad que el autor, todavía buen romántico, no revela) su presencia es una forma de castigarla; y también de castigarse. Un poco de ambas cosas sucede finalmente, con consecuencias predecibles para Marién, y funestamente ambiguas para Bayoán.

El editor nos cuenta cómo Bayoán se va quedando solo en Madrid en medio de tantos conocidos que lo respetan, pero no lo quieren, y a quienes él quiere, pero no estima. Todo esto no es más que una confirmación de las palabras del anciano, que son la "memoria" viva de Bayoán (y de la parábola de los dos caminos, que es como un resumen de las memorias de ambos).

Bayoán en Madrid se torna hipocondriaco, se hunde en círculos de soledad cada vez más estrechos; y, por supuesto, acaricia la idea del suicidio. Lo salva una carta de Marién. Preso de las circunstancias (la súplica de Marién, la grave enfermedad de ésta, la intervención del médico), Bayoán accede a unirse en matrimonio con Marién. La descripción de la boda tiene mucho de velorio, por lo menos para él: "Bayoán sonreía; su sonrisa hacía daño; era la sonrisa de una felicidad que llega tarde; de una alegría empañada por un presentimiento aciago".

Recién concluida la ceremonia de la boda, Bayoán busca a su único confidente (Eugenio): "Al volverme, vi a Bayoán: al vivo movimiento de cariño que hice yo, abriendo los brazos, contestó con un lánguido abrazo, y estas palabras ahogadas: —¡Qué desgraciado soy...!".¹⁶

Desgraciado porque, al acceder a la boda por una "debilidad" de sus sentimientos, siente que está traicionando lo mejor de sí, que es su conciencia: el depósito de su ideario.

Por el contrario, Marién era la mujer más dichosa de la Tierra, sólo que una hora después de casarse caería convulsa y sin sentido... Poco tiempo después, cuando Bayoán se convence de que éste es el fin de Marién, escribe unas palabras que alarman: "Entonces fue cuando vi yo la alegría del cielo, y la del sol y la del campo".¹⁷ Palabras que pueden leerse al derecho y al revés, pero que seguirán perturbándonos toda la vida. Por un lado, Bayoán no nos está hablando con ironía: es que la alegría de lo que lo circunda hace más patente su dolor. Pero, también (y aquí sí que hay una gorda gota de amarga ironía), la muerte de Marién lo libera, lo hace recuperar la cordura que Bayoán asocia con el cumplimiento del deber. Muerto el corazón, la conciencia quedará libre para proseguir elevándose a su meta. Lo cual es estar a punto de tocar el cielo con las manos, pero también una monstruosidad.

En España, Bayoán logra dar la batalla final en pro de la conciencia y contra los "vicios" del corazón. Contrariamente a otros héroes románticos, Bayoán ni se vuelve loco, ni se suicida. (Aunque uno puede seguir preguntándose si aquella sonrisa siniestra, si el exabrupto de aquella terrible frase, si la carcajada que electrifica el aire en el momento en que los criados lloran la muerte de Marién, si ciertas modalidades exageradas de cordura, no constituyen la peor forma de locura.)¹⁸

En una ocasión, Marién despierta de una de sus *pesadillas en las que pide con frecuencia amor*, y confunde a Bayoán con el demonio.¹⁹

¹⁶ *Ibid.*, p. 304.

¹⁷ *Ibid.*, p. 347.

¹⁸ Antes de Boris Karloff, antes de Alfred Hitchcock, lo supo el gran genio de la pintura moderna: "el sueño de la razón produce monstruos".

¹⁹ Nos parece que la frase con que Luis Ricardo Alonso (*op. cit.*, p. 162) describe a Marién, como alguien "accidentalmente dotada de sexo", no es totalmente certera. En la novela observamos el drama de dos seres "normales" dotados de sexualidad, quienes tienen que deformarse monstruosamente para cumplir con los reclamos de una ética asfixiante.

Y es el propio Bayoán, el ser éticamente pulcro, quien corre a salvarla del otro Bayoán-demonio que sexualmente la acecha. Esta parte de la novela es genial, ilástima que el puritanismo del protagonista viniera a distorsionar su profundo sentido!:

Devoro con la vista sus encantos físicos... He hecho un movimiento, y me he retirado aceleradamente...

Si hubiera dos personificaciones de mí mismo, como hay dos seres en mí, quisiera ver materializado al que observa y juzga, para reírme del que obra... ¡Degradación infame...!

En sueños pedía un beso, y se lo di; beso de fuego, de infierno. Se estremeció y despertó sobresaltada. Hubo una coincidencia satánica; ella, al despertar, vivo aún el recuerdo de su sueño, creía sueño lo que era realidad, y se pasaba la mano por los ojos: mientras tanto, los míos, saltando de sus órbitas, buscaban el deleite en su seno descubierto; ella sorprendió aquella mirada, se cubrió el seno, recogió su cuerpo, me miró, y espantada del desorden que había en mí, dio un grito lastimero, un alarido aterrador.

—¡Bayoán, Bayoán! ¡Socorro...!

—No te asustes... soy yo.

La lámpara se apagó en aquel momento.

—¡Aparta, demonio...! ¡Bayoán! ¡Socorro!

Sentí pasos. Se iluminaron los aposentos cercanos, y aparecieron sus padres y el doctor: Marién, al verme, dio otro grito y exclamando: 'es él', se desmayó.

[..]

Y una risa satánica desgarraba mi corazón, mientras que Guarionex y su mujer lloraban...²⁰

Dentro de los convencionalismos de la novela, la castidad absoluta sería el resultado final de un triunfo completo contra el demonio. Es decir, el demonio como el instinto erótico que, al negarse, se degrada porque se hace culpa; y al abolirse del nivel consciente, se disfraza y reaparece (duende de mil caras) en los sueños, asociado a imágenes de aspecto repugnante. La imagen del demonio es una proyección obligatoria de toda ética rigorista. La novela nos deja, así, debatiéndonos en un mar de interrogantes: El triunfo del deber, ¿es entonces el triunfo de la conciencia sobre Eros; es decir, sobre la vida? ¿Amputarnos el corazón para vivir de acuerdo con los dogmas de la razón? Y el resultado final de todo esto, ¿cuál será? ¿Un "hombre completo", como quería Hostos-Bayoán, o un ángel mutilado?

²⁰ Eugenio María de Hostos, *op. cit.*, p. 339.

Dentro de los cánones de la parábola de los dos caminos, el impulso de la carne que provoca el seno descubierto se corresponde con el momento de las tentaciones. Reprimir el impulso es vencer al "demonio" de la tentación; es empezar a ser un elegido, lo cual implica —dentro del discurso de la parábola, y estoy citando— convertirse en un ser "casi sin sexo".²¹ Debe subrayarse aquí que, pese a las insinuaciones abiertas de Marién, Bayoán se abstiene del placer sexual, aún después de casarse. Y, con el pretexto de no agravar la enfermedad de ésta, se niega y le niega la dicha, que es el demonio que se les derrama a ambos por todos los poros y los pelos. Marién se va a la tumba virgen, y virgen regresa Bayoán a América, después de una vida matrimonial de cuatro meses.

(Culturas de pimienta, sensuales; el sentimiento judeo-cristiano de la culpa en relación al sexo era desconocido entre los taínos y africanos. Ésta es otra herencia de la Conquista.)

Aire es lo que les falta a estos personajes encorsetados en una moral asesina, que es la misma de la época y la misma del autor, que en esto tampoco es revolucionario porque no la trasciende, así (¿inocentemente?) en un agente transmisor de un código draconiano.

La agonía y la pasión de Bayoán tienen su génesis cuando en Nuevitas, Cuba, él confronta su ideario político y ético con las exigencias del arrebato amoroso. (Que es, para decirlo de algún modo, el antagonista principal, el Gran Satán, a quien se trata de sofocar en la novela.)

Para resolver el conflicto, Bayoán (como todo un anacoreta), se lanza a la conquista de sí mismo, asesinando su propio corazón. O sea, simbólicamente asesinando a Marién para que su ideal ético triunfe sobre toda distracción o tentación humanas. Pero este triunfo implica, a la vez, una derrota; porque Bayoán sabe (¿cómo no lo va a saber un héroe romántico?) que el amor es la fuerza que mueve a la creación. Y en un momento él mismo llega a decirlo, que hasta para volver a combatir hace falta la felicidad.²²

Podríamos decir que, al fin y al cabo, Marién no sería para Bayoán más que un instrumento, la serpiente frente a la cual él probaría su fortaleza moral, su voluntad de triunfar contra las tentaciones. Como ciertos místicos, él alimentaría su espiritualidad maceando sus propios apetitos, manteniéndose a distancia prudente de

²¹ *Ibid.*, p. 273.

²² *Ibid.*, p. 285.

todo "objeto" que despertara su pasión o afecto, o le señalara el camino de la mundana dicha. Mientras más grande sea la recompensa rechazada, más grande será el heroísmo espiritual y más cerca se hallará de la meta de hombre completo.

Bayoán se propuso como fin llegar a ser un santo laico, un mártir de una causa ética y política todavía no muy bien definida en su cabeza. Y para él, como para todo ser predestinado, esa meta es lo único que cuenta. Los seres humanos que lo rodeaban tenían que ajustarse al cumplimiento de aquel programa, u olvidarse de su existencia.

El peregrinaje de Bayoán tiene algo de dantesco. Sólo que al final del suyo no habrá una Beatriz-Marién que lo esté esperando. Sus propios temores en relación con el amor-pasión lo irán conduciendo por otros caminos hacia un paraíso de sabios sin vínculos reales con la sociedad, prematuramente envejecidos, casi sin sexo... (inconcebible en la cuenca del Caribe: ¡hacia un Edén sin mujeres!).

Este triunfo-derrota es lo que eleva a Bayoán a la categoría de hombre lógico, pero también a la de héroe trágico.²³

Bayoán fue víctima de una de las falsas encrucijadas del dualismo: creyó que para salvar la conciencia tenía que renunciar al placer (que es un don o una maldición de la cultura), cuando en realidad estas dos fuerzas no tienen que ser (por naturaleza no lo son) opuestas, sino que muy bien pueden ser complementarias. Y, en muchas ocasiones, para acceder a la primera, no hay vía más expedita que la segunda. Especialmente cuando se trata del goce amoroso.

Pero para llegar a esta concepción antropológica en el siglo XIX, un autor hubiera tenido que estar más atento al desenvolvimiento de otras éticas y visiones del mundo menos dogmáticas. No vamos a juzgar si Bayoán al mutilar su corazón para que triunfara su conciencia actuó como un sabio o como un tonto. Esto es asunto que pertenece al plano de las convicciones religiosas o éticas. Aunque sí nos cuestionamos cómo un ser mutilado, que en lugar de corazón

²³ Como personaje de novela, el hombre "perfecto" no sirve para nada porque es unidimensional. Aquí Hostos se anota un triunfo como novelista: las vacilaciones constantes de Bayoán son el ingrediente más valioso de su carácter. La tortura a que lo someten esas vacilaciones convierte a Bayoán en un personaje complejo, literariamente rico precisamente por ser lo opuesto de lo que quería lograr: un hombre completo.

creo llevar un pedazo de carne,²⁴ va a poder conducir la nave de cualquier ideal hasta su meta. ¿Qué ideal? ¿Hacia qué meta?

No atacamos por atacar la postura austera de Hostos, ni estamos impulsando una moral hedonista que sea inversamente proporcional a los rigores de la suya, que pruebe ser —a los ojos de nuestros contemporáneos— más justa y libre para la mujer y el hombre de hoy. No. La atacamos porque no es una contribución a la destrucción de los tabúes que oprimían al ser humano *en la época en que Hostos escribió la novela*. Partiendo de los propios postulados de Hostos explicamos por qué el personaje central está condenado a arribar poco a poco a un callejón sin salida. El carácter rigorista de la ética que guía sus pasos nos ayuda también a explicar por qué la novela carece de sentido del humor; y por qué la prosa del autor, en general, aun cuando a nuestros ojos resulta tan urgente, apenas levanta el entusiasmo de los nuevos lectores.

No argumentamos contra el derecho que tiene cualquier autor a escoger el ascetismo (o cualquier otra ética o filosofía) como guía de conducta. Lo que deberíamos haber dejado bastante claro es lo siguiente: que de esta concepción ética se desprenden consecuencias para las criaturas que salen de su pluma, y para la vida íntima y pública del propio creador. Si lo anterior no fuera cierto, no nos explicaríamos la agonía de un Bayoán, dividido entre los impulsos sensuales de su caribeñidad suprimida y la camisa de fuerza de su conciencia moralista europea. Tampoco nos explicaríamos por qué Hostos, el intelectual puertorriqueño mejor capacitado para dirigir la campaña revolucionaria en el siglo pasado, arruinó sus aptitudes de liderazgo al enconcharse en un crispado individualismo que lo declaraba inútil para las tareas urgentes de organizar y coordinar. *La peregrinación* y, especialmente, el *Diario* están salpicadas de comentarios que ejemplifican su absoluta desconfianza en el género humano. En España Bayoán no tiene amigos, como Hostos tampoco los tendrá en Nueva York. No eran los demás quienes lo dejaban fuera (aunque canallas sobran en el mundo). Quien lo dejaba fuera era su propia filosofía: su concepción del sabio solitario, en guerra con el medio, sin nexos efectivos con la sociedad, que camina distanciándose de la multitud hasta alcanzar la plenitud de su ser desde sí mismo.

²⁴ Eugenio María de Hostos, *op. cit.*, p. 166.

Félix Matos Bernier, en su libro *Isla de arte*, se refiere a Hostos como ‘‘aquel gran dialéctico’’.²⁵ Examinadas cuidadosamente las coordenadas del pensamiento filosófico que sirve de dinamismo a *La peregrinación*, nos damos cuenta que Matos Bernier casi tenía razón. Presentes, como tesis y antítesis irreconciliables en la obra, están la conciencia y el amor. Pero, como en las alegorías medievales del Alma y el Cuerpo, esa lucha es a muerte: o prevalece la primera sobre las cenizas del segundo, o no hay sino caída.

Al dejar fuera de su concepción de mundo a la tercera parte del enunciado dialéctico (la síntesis), Hostos no sólo estaba adscribiendo su pensamiento a esquemas filosóficos mecanicistas, sino que se estaba convirtiendo no en un gran dialéctico, sino en un gran maniqueo. Si Hostos hubiera sido un gran dialéctico, no hubiera empujado a su protagonista a un dilema insalvable. Al hacerlo, redujo las premisas de la tesis y la antítesis a dogmas incompatibles. De aquí la rigidez mental de Bayoán, su apostolado puritano en favor del deber y contra la dicha conyugal, y la transformación satánica que sufre su persona al estrangular la parte más hermosa de su ser: o sea, su capacidad para dar amor. Todo esto hecho con el pretexto de —en un futuro hipotético— acceder a un grado más alto (suprahumano, suponemos) de amor. Mientras tanto, al amor de carne y hueso se lo mata con la adusta indiferencia de una moral santurrona como una estaca fría.

Filosóficamente hablando, no estamos ante una concepción de la realidad teñida por las premisas libertarias de un Hegel, pongamos por caso; aquí estamos más cerca de los imperativos carcelarios de un Kant.

Todo está perfectamente bien cuando una novela se escribe con el propósito de demostrar la insensatez de ciertas posturas intransigentes, y a partir de ahí contribuir a arrancarle otra cadena al ser humano. Pero cuando ésta se escribe para manifestar esa idea, la historia es otra. Nos consta que aquella premisa dualista no sólo hizo estragos en la personalidad de Bayoán.

En 1873, al despedirse para siempre de Carmela Lastarria, su novia chilena, Hostos lo hará exactamente con las mismas palabras con que su *alter ego* se despide de Marién: ‘‘Busco la expresión de mi dolor... no encuentro nada: ni un suspiro, ni una queja, ni una lágrima’’. Para luego exclamar: ‘‘Mi corazón ha muerto’’.²⁶

²⁵ Félix Matos Bernier, *Isla de arte*, San Juan, Imprenta la Primavera, 1907, p. 197.

²⁶ Eugenio María de Hostos, *op. cit.*, p. 179.

¿Estaba Hostos plagiándose a sí mismo? ¿O estaba simplemente poniendo en práctica lo que, desde antes de 1863, era su credo?

La novela concluye con una nota ambigua entre el escepticismo y una forma de optimismo difícil. El final de la novela es *abierto*, pero... El personaje central ha resuelto el dilema que lo acosaba en favor de uno de los extremos: el deber. De aquí en adelante (se sobreentiende) la ruta está trazada. El ser que volverá a América no será el que de acá salió el 12 de octubre a descubrirse y conquistarse. Sus idealismos y perturbaciones adolescentes habrían quedado atrás. Pero, quienquiera sea el que vuelva, será un ser curtido por el sufrimiento, alguien que "hizo el viaje" y está de vuelta; es decir, un iniciado. Pero también un mutilado, un ángel que ama la humanidad con el cerebro; alguien que resucita en una cámara de tortura y va por el mundo con un pedazo de carne en lugar de corazón.

Con el triunfo de la conciencia sobre el sentimiento en esta obra, podemos conjeturar que el autor empieza a dar pasos decisivos que lo conducirán a abandonar los convencionalismos literarios de la escuela en la que se formó. Así, *La peregrinación* se va convirtiendo no en novela exclusivamente romántica, sino en obra romántica con una extraña solución positivista. Lo supiera el autor o lo ignorara, ésta es ya obra de transición. En esta novela está sembrado el germen que producirá después al autor de *Moral social*. En ella está también la raíz racionalista que, desgraciadamente para la humanidad, esterilizó al genio de Hostos, robándonos a un potencial coloso de las letras.

El gran logro literario de Hostos en esta novela no consiste en haber poetizado el paisaje antillano, ni en haberle dado forma artística a una idea política. Su gran contribución está en habernos mostrado a través de la figura de Bayoán a uno de los primeros personajes modernos de Hispanoamérica. La problemática individual en que este personaje se sumerge lo convierte en animal de corte, pese a sus idilios con el campo. El constante sondeo de sus abismos síquicos lo hace un Hamlet de nuestros días, un animal atómico en algo parecido al Juan Pablo Castel de Ernesto Sábato, a quien precede por unos 85 años. En el personaje de Bayoán ya aparece la fragmentación de la personalidad humana, que es la marca de fábrica de la modernidad.

Otro relámpago genial de la obra consiste en haber anticipado de algún modo la figura de Freud, en haberle abierto un espacio

al inconsciente, al tocar temas que el vienes desarrollará después, como la represión sexual y la sublimación.

La peregrinación de Bayoán no será una gran novela, como ya es sabido, pero es una novela importante como documento autobiográfico y como testigo de un momento angustioso de la conciencia puertorriqueña del pasado. Baraja o espejo mágico, en ella se encuentran dibujados muchos episodios de la vida futura del autor que no hemos tenido ocasión de detallar. Es una profecía que empezará a cumplirse seis años después de pronunciada, cuando Hostos (la figura intelectual más destacada del siglo XIX puertorriqueño, el fundador de la sociología latinoamericana, el arquitecto del sistema educativo dominicano y el pedagogo más sistemático que haya producido Nuestra América) enderece hacia el sur la ruta de su peregrinaje, que algunos aseguran que concluyó en Quisqueya, pero que sabemos no ha terminado todavía.

La "cura en salud": epílogo que sería innecesario si no fuera porque estamos conscientes de la violencia que ejerce sobre nosotros la mole subdesarrollante del pensamiento oficializado.

Toca a su fin para la historia de los estudios hostosianos la etapa idólatra. Ha comenzado la etapa crítica (en el doble sentido: la que pone en crisis al modo dominante de acercarse a la obra, y la que se propone ejercer el criterio más allá del recitado celebratorio), la cual nos devolverá la imagen de un Hostos más humano, susceptible de ser analizado, comentado y confrontado exhaustivamente. Este proceso de desmitificación que inauguramos es necesario que se lleve a cabo (no sólo con la obra de Hostos) para bien de nuestras letras, para rectificar nuestro pasado y ajustar cuentas con lo que en realidad fuimos y somos.

El acto de leer carecerá del carisma que asociamos con el acto de adorar, pero (alfabetizadores que somos) lo recomendamos como tarea higiénica y liberadora. En este punto, la dolorosa biografía del Hostos alumbrado —fajado en un debate a muerte con el oscurantismo de la Iglesia dominicana— es nuestra más ardiente defensa. La lectura crítica tiene la ventaja de ser humanizante: además de pensar (proceso indispensable), nos enseña a *sentir*. La lectura impresionista no suscita hambre de conocimiento, ni siquiera simpatía y cariño humanos por la figura de un ser de carne y hueso, como lo fue el autor. La lectura apologética no aporta nada al debate intelectual. Porque para adorar no hace falta ni siquiera saber leer. (De hecho, esto puede ser un impedimento.) O, mejor aún, para ser un buen idólatra da lo mismo saber o no saber leer. Lo único que se requiere es no saber pensar.

Ya hay en circulación excelentes interpretaciones parciales de la obra de Hostos. Algunas (como la tesis del doctor Luis Ricardo Alonso) permanecen, lamentablemente, inéditas. Lo que falta es que esa lectura rigurosa se extienda a toda su obra, y no se detenga en escollos ideológicos, en compromisos personales contraídos o frente al engañoso (es decir, al mitificante) patriotismo. Hostos es un autor que inspira respeto, no conmiseración. Por lo tanto, hay que entrarle sin pena. Y su único abogado será su obra misma. Nadie más.

Se puede tapar el cielo con la mano, pero el beneficio de ese eclipse, ¿en favor de quién redundará? ¿Se lo anotaremos a la obra del autor a quien queremos homenajear?

Para los nuevos estudios hostosianos que la celebración del Sesquicentenario exige, pedimos la palabra para exigir rigor. Para el más insobornable de los intelectuales, y el más riguroso en su época en la América Latina (aquél que, según palabras con puntería, "enseñó a pensar a un continente"), no podemos reservar el homenaje de rodillas de la fe (que Hostos no nos perdonaría), sino el cuestionamiento a fondo del cuerpo de su escritura. Para nosotros, ésta es la única forma digna de homenaje que nos queda: la de ir decodificando y anotando su mensaje con lenta caligrafía, e ir rectificando nuestras interpretaciones ante la evidencia de nuevas y penetrantes lecturas hechas por otros o por nosotros mismos. Así, nuestros errores aparecerán como el momento evolutivo de un modo de ejercer la crítica que no se conforma con *verdades finales* (que no existen), porque éstas no son más que el resultado de un proceso incesante de estudio, intercambio, choque y superación, que no es nunca final.